

Historia del texto de la Septuaginta¹

1. La Septuaginta es la antigua traducción del Antiguo Testamento al griego realizada por *judíos*. Según el relato que Aristeas nos ofrece en su famosa Carta, la primera parte fundamental del canon veterotestamentario traducida al griego fue el Pentateuco, realizada por 70 o, más precisamente, 72 eruditos judíos. De allí proviene su nombre, "Septuaginta" (LXX). Esto ocurrió en Alejandría, durante el gobierno de Ptolemeo II, Filadelfo (285–247 a. C.). Aunque al principio este nombre se aplicó solamente a la traducción del Pentateuco, con el tiempo su uso se extendió a todo el Antiguo Testamento. A la traducción del Pentateuco pronto siguió la traducción de los *libros restantes*, aunque en esa tarea evidentemente intervinieron numerosas manos. Tal aseveración se fundamenta en el hecho de que pueden verse distintas maneras de traducir, las cuales van desde el más radical literalismo hasta los giros más libres, así como en los diferentes estilos de redacción. Esto llevó a H. St. J. Thackeray (A grammar of the O.T. in Greek I [1909], pp. 12–16) a clasificar los distintos libros de LXX en varios grupos y secciones. Ya el Prólogo al libro de Jesús ben Sirac nos enseña que hacia el final del Siglo II a. C. existía ya una traducción al griego de todo el Antiguo Testamento, o por lo menos de las partes más fundamentales. No hay razón para dudar que el texto de la LXX de aquellos días concordaría en su mayor parte con el texto de la LXX que ahora conocemos.

Pero hay que recalcar que esto fue así sólo en su mayor parte, ya que en no pocos casos se pueden encontrar notables diferencias. Desde sus orígenes y hasta el Siglo IV a. C., que es de cuando datan los manuscritos más antiguos y completos con que contamos, la LXX pasó por momentos muy accidentados, y su influencia quedó indeleble en los documentos que han llegado hasta nosotros.

2. La LXX fue una obra judía y desde un principio fue tenida en alta estima por los *judíos*. Según la Carta de Aristeas, la traducción del Pentateuco fue merecedora del reconocimiento oficial por parte de la comunidad judía de Alejandría; escritores de la talla de Filón y Josefo hicieron uso de ella de manera preferente, cuando no exclusiva. Además, la LXX cobró extrema importancia en la preservación y expansión del judaísmo; con el tiempo los judíos de la Diáspora, los cuales se hallaban lejos de su patria, fueron perdiendo familiaridad con el hebreo, y fue la LXX la que los hizo mantenerse

¹Cf. *Das Buch Ruth griechisch*, hsg. von A. Rahlfs (Stuttg. 1922), pp. 6–14, y *Septuaginta ed. A. Rahlfs: I. Genesis* (Stuttg. 1926), pp. 7–15.

fieles a la Ley y al resto de sus escritos sagrados y la que, al mismo tiempo, hizo posible que los no judíos pudieran estudiar las Escrituras.

Fue también la LXX la que preparó el terreno para la posterior obra misionera de los cristianos, pues al principio el Antiguo Testamento fue la Escritura Sagrada κατ' ἐξοχήν de judíos y *cristianos*, lo que permitió que los misioneros cristianos pudieran fácilmente establecer un punto de contacto con quienes ya tenían conocimiento del Antiguo Testamento. Fue así como las comunidades cristianas primitivas fueron surgiendo de entre los judíos de la Diáspora, y la LXX, que por todas partes ya se había difundido y era bien conocida, fue adoptada sin más como *la Biblia de la Iglesia*.

3. Sin embargo, poco después de que la LXX fue adoptada por la iglesia cristiana, los *judíos* comenzaron a *distanciarse* de ella. Al parecer, en esta actitud influyeron las siguientes circunstancias:

a) En las frecuentes disputas que tuvieron lugar entre judíos y cristianos, éstos solían recurrir con frecuencia a textos de la LXX, los cuales aquéllos no consideraban argumentos concluyentes por basarse en traducciones imprecisas. Un claro ejemplo de esto lo constituye el bien conocido caso de Is 7.14, donde LXX traduce הַמַּלְאָכִים como παρθένος, versión que los judíos justificadamente objetaban por considerarla errónea, mientras que los cristianos justificadamente sostenían que el error lo habían cometido los antiguos traductores judíos. Tales discusiones se debían, en parte, a las adiciones que indiscriminadamente los cristianos primitivos introducían en el texto de la LXX, como en el caso del Salmo 95.10 (96.10 en el texto hebreo), en donde a la frase ὁ κύριος ἐβασίλευσεν se había añadido ἀπὸ ξύλου, es decir, “desde la cruz”. Tan convencido estaba Justino Mártir de que esta frase era evidentemente parte del texto original que, con toda sinceridad, se atrevió a acusar a los judíos de haberla omitido con toda mala intención².

b) Todo parece indicar que, hacia fines del primer siglo de nuestra era, los eruditos judíos palestinos habían establecido ya de manera definitiva el texto y el canon del Antiguo Testamento. En más de un caso la LXX, fruto de un período más antiguo y menos rígido, no se sujetaba a normas tan estrictas, pues contenía libros enteros y fragmentos de libros que no pertenecían al canon palestino y que, en algunos casos, parecían provenir de un texto hebreo distinto. Naturalmente, cuando los criterios que a la sazón prevalecían en Palestina resultaron determinantes para la comunidad entera en la Diáspora, la LXX perdió su autoridad inicial.

c) Durante los primeros treinta años del segundo siglo de nuestra era llegó a prevalecer una escuela de interpretación rabínica que, bajo la influencia

¹Véanse mis *Septuaginta-Studien 2* (1907), p. 223 s.

de un maestro llamado *Akiba*, daba extremado valor a cada letra del texto sagrado, lo cual redundó en interpretaciones extremadamente forzadas e idiosincráticas en torno a detalles sin importancia. Es imprescindible citar aquí un ejemplo de este método interpretativo, y esto porque más adelante habrá que hacer referencia al mismo: en Génesis 1.1, Akiba decía que la partícula acusativa **אִתּ** delante de **הַשָּׁמַיִם** y **הָאָרֶץ** significaba “con”, lo que lo llevaba a entender que, “con el cielo y la tierra”, Dios había creado también otras cosas, como el sol, la luna y las estrellas, y junto con el cielo, los árboles, las plantas y el huerto del Edén³. Es evidente que este método de interpretación, que tan rígidamente se aferraba a cada una de las letras, no podía sentirse a gusto ante una traducción tan abiertamente libre como la Septuaginta.

4. En consecuencia, el judaísmo de este período desarrolló una traducción del Antiguo Testamento al griego totalmente nueva. *Áquila*, que era un prosélito griego discípulo de Akiba, tradujo el texto sagrado al griego tan detalladamente como le fue posible, y sin recato alguno perpetró las lecturas más absurdas, con lo que violentó el espíritu y la esencia de la lengua griega.

Los primeros versículos de la Biblia han llegado a ser un ejemplo clásico de su concepto de traducción. La LXX había traducido la frase *ἐν ἀρχῇ ἐποίησεν ὁ θεὸς τὸν οὐρανὸν καὶ τὴν γῆν* en un griego apto y excelente, pero esta traducción distaba mucho de complacer a *Áquila*, quien consideraba que la etimología de **אִתּ** no quedaba bien representada con la palabra griega *ἀρχή*; buscó entonces todas las palabras etimológicamente derivadas de la palabra hebrea y tradujo **אִתּ** como *κεφάλαιον*, es decir, derivándola de **אִתּ** *κεφάλαιον*, aun cuando esta última palabra no significa “principio” sino “punto principal”, o “suma total”. Tampoco se permitió *Áquila* usar el verbo griego *ἐποίησεν* porque, habiendo usado términos griegos distintos para distintos términos hebreos, para él *ποιεῖν* era el equivalente de **עָשָׂה**; en consecuencia, buscó otro verbo para traducir **בָּרָא**, y creyó encontrarlo en *κτίζειν*, verbo que ya la LXX había usado para traducir **בָּרָא**. La siguiente palabra en la LXX era *θεός* = **אֱלֹהִים**, y *Áquila* omitió el artículo griego argumentando que éste no estaba presente en el texto hebreo⁴. Este versículo terminaba en LXX con la frase *τὸν οὐρανὸν καὶ τὴν γῆν*; y *Áquila*, en un intento por recoger en su traducción incluso la

³J. Derenbourg, *Essai sur l'histoire et la géographie de la Palestine 1* (1867), p. 396, nota 4.

⁴Anteriormente se leía también aquí, con *Áquila*, *ὁ Θεός*, pero un fragmento de papiro recientemente descubierto no tenía los derechos de autor. Véase *Mitteilungen des Septuaginta-Unternehmens 1*, p. 344, nota 1.

partícula **וְ**, tradujo la frase hebrea como σύν τὸν οὐρανὸν καὶ σύν τὴν γῆν. Esto es una clara muestra de la influencia que Akiba ejerció en Áquila, pues como ya se ha señalado, aquél entendía la partícula **וְ** con el sentido de “con”; sin embargo (y para impedir que previas aseveraciones de este hecho sean malentendidas), hay que decir que Áquila no siempre tradujo **וְ** como σύν, sino sólo en aquellos casos en que en el texto hebreo la partícula **וְ** iba seguida del artículo; sin embargo, cuando la palabra hebrea que le seguía no tenía artículo, como en el caso de un estado constructo, o cuando esta partícula iba seguida de un nombre propio, Áquila traducía **וְ** como equivalente del artículo griego⁵.

Otros ejemplos típicos del peculiar estilo de traducir de Áquila los he reunido en mi obra titulada *Mitteilungen des Septuaginta-Unternehmens 1*, p. 240 Nota 2, en donde demuestro de qué manera Áquila tradujo, siempre que pudo, distintos derivados de la misma raíz hebrea por distintos derivados de la misma raíz griega, aun cuando su significado fuera del todo sinónimo. Por ejemplo: 1) **דָּבָר** o **דְּבָר** λόγος, pero **דְּבָרִים** λόγια, 2) **חַטָּאת** ἁμαρτία, pero **חַטֵּאת** = ἁμαρτήματα, 3) **רִבְיָה** = ἀκρίβασμός, pero **רִבְיָה** = ἀκρίβεια, 4) **חַמָּה** = ἄμα, pero **חַמָּה** ὁμοῦ, 5) **שׁוּשַׁרְיָה** o **שׁוּשַׁרְיָה** σωτηρία, pero **שׁוּשַׁרְיָה** σωτήριον 6) **כְּמוֹת** ὡς pero **כְּמוֹת** ὁμοίως o ὁμοίως, 7) **מַכְשָׁל** σκάνδαλον, pero **מַכְשָׁל** σκανδαλισμός, 8) **צְדָקָה** δικαιοσύνη, pero **צְדָקָה** δίκαιον 9) **סֵפֶר** τέλος, pero **סֵפֶר**, **סֵפֶר**, **סֵפֶר**, τέλοςμα o τελευταῖον, 10) **רָע** κακόν, pero **רָע** κακία. Al parecer, dos puntos especialmente prominentes parecen haber jugado un papel importante en la elección de los equivalentes griegos: 1) el género de los términos hebreos se mantuvo en griego, aunque el masculino hebreo quedó recogido en el masculino y el neutro griegos (como en los casos 2, 3, 5, 8 y 10 ya mencionados). 2) una palabra hebrea larga era traducida por una palabra griega también larga (como en los casos 1, 4, y 6–9). Esta manera de traducir tiene su punto culminante en el caso No. 4, en donde **חַמָּה** y **חַמָּה** corresponden totalmente, hasta en el número de letras, con ἄμα y ὁμοῦ respectivamente, y más aún, ὁμοῦ termina con la misma letra, como **חַמָּה** (υ = ו). La extraordinaria congruencia con que Áquila logró mantener tales distinciones es digna de admiración, pues Áquila debe haber poseído no sólo una voluntad férrea sino además una memoria increíble. Así lo demuestra el hecho de que pudo traducir de manera uniforme cada palabra hebrea, según iba

⁵ *Mitteilungen des Septuaginta-Unternehmens 1*, pp. 343, 347.

⁶ Material adicional característico de Áquila se encuentra especialmente en Fr. Field, *Origenis Hexaplorum quae supersunt I* (1875), p. XXI–XXIV, en Joseph Reider, *Prolegomena to a Greek-Hebrew and Hebrew-Greek Index to Aquila* (Philadelphia 1916), y en *Mitteilungen des Septuaginta-Unternehmens 1*, p. 240 ss.

ocurriendo. También puede ser que, antes de dar comienzo a su traducción, él haya preparado un léxico hebreo-griego en el que estableció, de manera sistemática, la traducción al griego de cada palabra hebrea⁶.

En algún momento la traducción de Áquila debe haber sido incomprendible para quien no fuera judío. No es entonces ninguna sorpresa que Jerónimo se haya burlado de excentricidades tales como σὺν τὸν οὐρανὸν καὶ σὺν γῆν. Sin embargo, entre los judíos esta traducción fue tenida en alta estima, y así permaneció durante siglos, siendo usada incluso durante el culto. Sólo comenzó a perder autoridad cuando por todo el imperio bizantino las comunidades judías debieron cumplir con la exigencia de estudiar el texto hebreo en su lengua original. En consecuencia, llegó un momento en que el texto comenzó a perderse, quedando sólo unos cuantos fragmentos.

5. Muy pronto después de la traducción de Áquila, y todavía durante el segundo siglo de nuestra era, surgieron dos traducciones más, a saber, la de Teodoción y la de Símmaco.

En realidad, *Teodoción* no realizó una traducción totalmente nueva, sino que tomó como base la LXX e hizo correcciones al texto original. En mi estudio "*Über Theodotion-Lesarten im N.T. und Aquila-Lesarten bei Justin*" (*Zeitschrift für den neutestamentliche Wissenschaft* 20 [1921], pp. 182-199) he analizado dos casos de dicha traducción con el propósito de investigar si, como repetidamente se ha insinuado, los escritores del Nuevo Testamento hicieron uso de la traducción de Teodoción, e incluso de su traducción *original*. Puesto que estos dos casos son característicos de su método de traducción, los menciono a continuación. En Is. 25.8, la LXX había traducido בלע המות לנצח como $\text{κατέπιεν ὁ θάνατος ἰσχύσας}$; Teodoción retuvo $\text{κατέπιεν ὁ θάνατος}$ sin cambio alguno, y simplemente sustituyó la inadecuada traducción de LXX, לנצח por εἰς νεῖκος . En Zac 12.10, la LXX había traducido $\text{והבישו אלי את אשר דקרו}$ por $\text{καὶ ἐπιβλέψονται πρὸς με ἄνθ' ὧν κατωρχήσαντο}$; Teodoción retuvo $\text{καὶ ἐπιβλέψονται πρὸς με}$, pero sustituyó $\text{ἄνθ' ὧν κατωρχήσαντο}$, que contaba con el apoyo de otro texto hebreo (דקרו en lugar de דקרו), y tradujo ὄν ἐξεκέντησαν . En el primer caso, Teodoción parece concordar con εἰς νεῖκος de 1 Cor. 15.54, y en el segundo caso con ὄν ἐξεκέντησαν de Juan 19.37, pero tal coincidencia no permite concluir, como ya lo he señalado, que en efecto haya habido una traducción prístina de Teodoción anterior a Pablo y Juan.

Símmaco produjo una traducción del Antiguo Testamento totalmente nueva. Aunque conforme a la práctica de los traductores de aquellos tiempos su apego al texto hebreo fue extremado, se esforzó por lograr que su traducción reflejara un buen uso del griego, lo que puede verse, entre otras cosas, en su preferencia por las construcciones partici-

piales; esto lo llevó a convertir las cláusulas principales del hebreo en cláusulas subordinadas griegas, por ejemplo, 1 Reyes 2.46—3.1: וְגַם בְּיַד שְׁלֹמֹה וַיִּתְּתֵהּ וַיִּשְׁלַח אֶת הַמַּלְאָכִים τῆς δὲ βασιλείας ἔδρασθαι ἐν χειρὶ Σαλωμων ἐπιγαμίαν ἐποίησατο Σαλωμων κτλ.

Hubo también algunas otras traducciones de libros individuales del Antiguo Testamento, de las cuales únicamente se han preservado algunos fragmentos, y esto de manera práctica y exclusiva sólo a través de la Hexapla de Orígenes, obra que a continuación habremos de someter a consideración.

6. Toda esta ardua labor en torno al texto del Antiguo Testamento habría de ejercer una poderosa influencia en la vida de la Iglesia Cristiana, especialmente después de la fundación de la *escuela cristiana* de Alejandría. Ahora las adiciones cristianas habrían de ser removidas del texto de la Biblia; de nuestros manuscritos griegos más antiguos, B, S y A, desaparecerían las palabras ἀπὸ ξύλου agregadas al Salmo 95.10, aun cuando habrían de mantenerse sólo en las tradiciones copta y latina⁷.

Sobre todo, *Orígenes*, el más destacado maestro de la escuela de Alejandría, habría de dedicarse al más serio e intensivo estudio del Antiguo Testamento que pudiera imaginarse. En su vasta y bien conocida obra, la Hexapla, la cual produjo en Palestina hacia la cuarta década del Siglo IV de nuestra era⁸, Orígenes colocó lado a lado, y en seis columnas paralelas, el texto prístino del Antiguo Testamento en caracteres hebreos, junto con su transcripción griega, más las cuatro traducciones al griego existentes. A juzgar por la disposición del material de la Hexapla resulta evidente que para él, como erudito, la autoridad final no era en última instancia la LXX sino el texto original, ya que puso el texto original en primer término, seguido de las traducciones de Áquila y Símmaco, pues ellas representaban las traducciones más precisas del texto original; les seguía la LXX y, finalmente, la revisión que Teodoción había hecho de ella. Este mismo método puede discernirse al observar la manera en que Orígenes adaptó la LXX para ajustarla con el texto original. En aquellos casos en que el contenido de la LXX no correspondía con el texto original, recurrió al uso de obeliscos (—, —, ÷, etc.), es decir, de los símbolos

⁷Véanse mis *Septuaginta-Studien* 2 (1907), p. 160.

⁸Cf. allí mismo 1 (1904), p. 71, donde he realizado estudios especiales de la Hexapla para los libros de los Reyes en el momento en que se originaron, hacia los años 235–240 d. C.

⁹Véanse mis *Septuaginta-Studien* 1 (1904), p. 75. Allí mismo he señalado (p. 73 s.) que, a pesar de aquella declaración, muy a menudo Orígenes ha llegado a las últimas consecuencias y obtenido de la LXX un verdadero superávit.

que los filólogos alejandrinos usaban en sus trabajos de crítica textual, y especialmente en sus análisis de Homero, para indicar aquellos casos de textos espurios. Orígenes los usó en este mismo sentido, pues en su comentario a Mateo (Opera ed. Delarue III 672) declara haber marcado con obeliscos las palabras que no aparecen en el texto hebreo, por no haberse “atrevido a omitirlas del todo”, con lo que deja ver que las habría omitido si hubiera estado dispuesto a ser congruente hasta las últimas consecuencias”. Por el contrario, y como él mismo lo declara en ese mismo pasaje, añadió frases que estaban “en otras ediciones (es decir, traducciones) y que concordaban con el texto hebreo”, pero que faltaban en la LXX, y las señaló con un asterisco (*), símbolo que también tomó prestado de la filología alejandrina (véase *Field, Origenis Hexaplorum quae supersunt I, p. LII s.*). Pero además de estos casos hay muchos otros en que, sin ninguna indicación, Orígenes introdujo cambios en la LXX, siguiendo el patrón del texto original y de las traducciones posteriores que concordaban con éste. Corrigió, más que nada, los nombres propios, por los que desde un principio mostró especial interés¹⁰, lo mismo que la sintaxis, en aquellos casos en que LXX se apartaba notablemente del orden sintáctico hebreo. En realidad, esto era evidentemente necesario, pues Orígenes pretendía que las palabras en cada línea de cada una de las seis columnas correspondieran entre sí, aun cuando en promedio cabían, en cada línea, una o dos palabras en las columnas en hebreo y dos o tres palabras en las cuatro columnas en griego¹¹.

La Hexapla de Orígenes fue una obra preparada para eruditos. Como explícitamente lo dijo en su carta a Julio el Africano, el propósito de Orígenes era el de dar armas a los polemistas cristianos en sus disputas con los judíos y así hacerse respetar, pues éstos continuamente invocaban las escrituras del Antiguo Testamento hebreo y ridiculizaban a los cristianos. Orígenes consideraba que, con la LXX en la mano, los cristianos vencerían a los judíos con sus propias armas.

Sin embargo, en el contexto de la Iglesia, y siempre que fuera necesario recurrir al texto del Antiguo Testamento, lo que Orígenes deseaba era que la Iglesia se atuviera al texto tradicional de la LXX. Al efecto, solía citar el texto de Proverbios 22.28, “No traspases los linderos de antaño que tus antepasados establecieron”¹²). Por otra parte, y debido a sus enormes di-

¹⁰*Septuaginta-Studien 1* (1904), p. 71, nota 1.

¹¹Véanse las pruebas de los fragmentos de la Hexapla para el Salterio, descubiertas por Giovanni Mercati, las cuales E. Klostermann ha publicado en el *Ztschr. f.d. alttest. Wiss.* 16 (1896), p. 336 s.

¹²*Septuaginta-Studien 1* (1904), p. 76.

mensiones, ni la Hexapla ni la Tetrapla (que omitía las dos columnas en hebreo) llegaron a tener una amplia circulación, por lo que en su momento no ejercieron mayor influencia en la formación del texto bíblico.

7. Poco tiempo después de Orígenes, probablemente en los últimos veinticinco años del Siglo III de nuestra era, el presbítero *Luciano*, que fue fundador de la escuela exegética de Antioquía, y que el 7 de enero del año 312 sufrió el martirio en Nicomedia, llevó a cabo una revisión de la LXX muy semejante a la realizada por Orígenes, pues se apegó al texto original y a las traducciones más tardías, aunque en no pocos casos se apartó abiertamente de la LXX y de toda clase de puntos de vista gramaticales y estilísticos. Ejemplo de esto son la sustitución de las formas helenísticas de la LXX, como ἐλάβοσαν, εἶπαν, τὸ ἔλεος en lugar de las formas áticas ἔλαβον, εἶπον, ὁ ἔλεος, lo que refleja la influencia de la corriente aticista de su tiempo.

A diferencia de Orígenes, cuya recensión de la LXX sólo buscaba servir a intereses académicos, desde un principio la recensión de Luciano parece haber tenido objetivos prácticos, y a juzgar por los resultados pronto alcanzó una amplia difusión. En esto parecen haber jugado un papel importante los teólogos y clérigos de la escuela exegética de Antioquía, pues fue por medio de ellos como la recensión de Luciano llegó a Constantinopla, que era la ciudad capital del imperio romano en el oriente, para de allí difundirse con relativa facilidad por todo el imperio. Según la conocida declaración de Jerónimo en torno a la obra de Luciano, hacia el año 400 de nuestra la presencia de ésta era ya predominante por todas partes, desde Antioquía hasta Constantinopla. Con el tiempo, el texto de Luciano superó a todos los otros textos existentes, especialmente en el caso de los Salmos y del Nuevo Testamento.¹³

8. Sin embargo, y siempre y cuando mi visión de las cosas sea correcta, fue tal el éxito de la escuela de Antioquía y la influencia que ejerció en Palestina, que suscitó al mismo tiempo esfuerzos semejantes, los cuales probablemente deban ser considerados como reacciones en contra de Antioquía. El presbítero *Pánfilo*, que era un entusiasta admirador de Orígenes y que a principios del Siglo IV fundó en Cesarea una escuela teológica y una famosa biblioteca, pero que en el año 309 sufrió el martirio, rescató del olvido la LXX de Orígenes y, junto con su discípulo *Eusebio*, el célebre historiador eclesiástico, la publicó por separado, en abierta oposición a la escuela de Antioquía y con la clara intención de que este nuevo texto ganara la aceptación general. Fue así como la LXX de

¹³ *Septuaginta-Studien* 2 (1907), p. 237.

Orígenes alcanzó por primera vez amplia difusión, ya que hasta entonces había permanecido literalmente sepultada entre los exageradamente gruesos volúmenes de la Hexapla y de la Tetrapla. Según cuenta Jerónimo, hacia el año 400 de nuestra era su predominio en Palestina era innegable.

9. Jerónimo hace también mención de una tercera recensión, la cual parece haber prevalecido en Egipto aproximadamente hasta el año 400 de nuestra era, y puede rastrearse hasta un tal *Hesiquio*, del cual sabemos muy poco. Aunque al parecer esta tercera recensión se mantuvo en circulación durante casi un siglo, no existe mayor información acerca de la misma.

10. El texto de Orígenes queda aquí identificado con la letra *O*, el de Luciano con la letra *L*, y con la letra *C* una recensión relativamente posterior, que puede hallarse en la gran *Catena de XVI profetas*.